

F1233

B3

GUERRA DE LA INTERVENCIÓN

Segundo Imperio

Es propiedad del Autor.



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

LA HISTORIA DEL PUEBLO.

De esta gente me precio,
y de esta sangre.

Ya el eximio novelista español ha caracterizado el género en sus bellisimos "Episodios Nacionales." Con esa verba pujante, grandilocuente y castiza—pero ¡qué castiza!—del siempre celebrado autor de "*Miau*" posee la tierra de las proezas legendarias y de las épicas tradiciones, toda una literatura especial que completa la Historia, que, quitando á ésta su austera gravedad de matrona cejijunta, dá, con el sabor meliflúo de la leyenda, el aliento del patriotismo para el pueblo. Pérez Galdós ha levantado un monumento eterno á la ibérica gloria, popularizando el hecho, la tradición, el comento.....lo que mejor se prende en el alma de las multitudes, sin rebuscamientos de causas y efectos, sin estudios de psicología complicada, lo que fortifica, y levanta, y forma para siempre el carácter nacional.

La Historia ha penetrado en el dominio de la Filosofía y la Sociología, y no es ya el simpel

relato de los sucesos que *est honteux d'ignorer á tout homme*....Es más: es el estudio del progreso humano á través del tiempo y del espacio. Investiga causas, demuestra evoluciones, analiza y sintetiza todo. Ahora si es "la maestra de la vida" que decía Cicerón. Por eso, precisamente, cada día se separa más del vulgo, y por eso también al niño y al pueblo, debe dárselos en su forma atrayente, accesible, comprensiva, como alimento propicio que fecunde y prospere, que nutrifique y sostenga.

Por otra parte, el conocimiento de la historia patria es indispensable para todo hombre. Es desconocerse, no tener idea de su fuerza, de su destino y de su valer, no ser un ciudadano completo, ignorar lo que ha sido su raza, lo que ha hecho y lo que pueda hacer. ¡Ignorar á sus héroes es no merecerlos!

Nuestra historia ha pasado por todas las vicisitudes de los pueblos conquistados en épocas de atraso; las inscripciones de la raza primitiva se perdieron en el rudo choque de los intereses extraños, y sus fastos y sus glorias en la irreparable destrucción del fanatismo y de la ignorancia. Gomara, Solís, Bernal Díaz, el Conquistador Anónimo Ixtliexóchitl, Clavijero etc, tuvieron que entresacar de las obscuridades del pasado lo que salvó la casualidad, y—ó por parcialidad al conquistador ó por falta de datos—los vencidos nos dejaron casi exhaustos

los anales, sin que lográramos *Los nueve libros*... de nuestra vida y nuestras glorias. Eso no obstante, los trabajos posteriores, los nuevos conocimientos, la no interrumpida labor de cronistas y anticuarios, han venido inquiriendo, analizando, comprobando, y—aun siendo tanto lo perdido—nos queda lo suficiente para enorgullecernos de aquellos hombres de bronce que en la edad del cobre sobrepujaron á lo concebible y estuvieron al lado de los pueblos más antiguos y más grandes de la tierra.

Por circunstancias diversas, aunque casi iguales en sus efectos, nuestra historia moderna se ha resentido de la acción de los acontecimientos en la larga época de nuestra anarquía y desbarajuste, y hasta hace muy poco, al venir lo que pudiéramos llamar nuestro Renacimiento Literario, se ha logrado también nuestro renacimiento histórico.

Hombres como Orozco y Berra y Chavero reconstruyeron el pasado; otros como Mora, Zavala, Bustamante,—seguidos de una pléyade atinada de intelectuales—han venido formando el libro del Exodo, el de los Jueces y el de los Reyes, para que al fin se escriba el de la Tierra Prometida.

Natural es, pues, que todavía nos falte mucho, si acabamos de atravesar las arenas candentes del desierto, después de haber sufrido las duras cadenas de la esclavitud. En esta

via,—aún espinosa y accidentada,— es bien estimable toda labor que se encamine á llenar los vacíos de nuestra cultura, de la cultura de nuestro pueblo que apenas abre los ojos (con el trabajo de la atávica pereza y del desengaño secular) á la luz que debe redimirlo y engrandecerlo. Gran parte de nuestro pueblo todavía duerme; despertémosle. Apresurémonos á servirle, por grados y según sus necesidades, el verbo del progreso en el libro sano. No seamos nosotros los que crean que hay que abandonarlo en los vericuetos inaccesibles y en sus cordilleras impenetrables, como á seres ya irredentos, marchitos y muertos..... nó, creamos siempre en su regeneración por el libro, en su poder por el esfuerzo, pues ellos guardan las aptitudes en germen, los brotes prontos á crecer de sus progenitores gloriosos.

Nó; vayamos al indio siempre con el libro sincero, siempre con el libro sano.

Y ¿qué más sincero y más sano que el libro de nuestra historia, en forma de episodios, de leyendas? ¿qué más sencillo y más útil que enseñarle el patriotismo, sin las arideces científicas, en el grito del héroe, en el sacrificio de la víctima, en el valor del caudillo?

Para el niño, pues, y para el pueblo—que siempre es un niño—va este librito como una promesa, deseando hacer el bien por el amor á la patria.

Nosotros, que somos tan afectos á escudriñar en la mies ajena buscando el grano de oro del intelecto exótico, cuán torpemente desdeñamos lo nuestro por ser nuestro, ignorando lo que más nos interesa y nos llama, en este rudísimo batallar de la complicada vida moderna.

Leemos con fruición las sombrías enmarañas de Mallarmé, los perturbadores ensueños de Baudelaire; acudimos solícitos á excitar el paladar indiferente con las lobregueces insánicas de Maupassant y, para conocer la vida en su plenitud, entramos no pocas veces á las selvas imponentes de los Taine, los Thiers, los Mill, los Spencer, los Bain. Pero ¿y lo nuestro? Sabemos al dedillo las leyendas germanas, galas y griegas; conocemos, bien ó mal, los episodios históricos, las tradiciones y los mitos de este ó el otro pueblo de la tierra, é ignoramos—¡triste es decirlo!—hasta los más notables episodios de nuestra historia, en la larga y paciente lucha que hemos tenido que sostener, antes de constituir una nación independiente y libre en el planeta.

Este indiferentismo no sólo es debido al abandono propio de nuestro carácter y á la apatía propia de nuestro temperamento. Asimismo se debe á los efectos de una torcida educación que nos ha impedido valorizar lo esencial.

mente nuestro, que nos impele á desdeñarlo á no estimarlo.

¿Podremos así formar el carácter nacional, alma pujante de una raza?

Así se explica que mientras nosotros casi ignoramos al primer historiador de Oaxaca, el Padre Burgoa, y á Juan Bautista Carriedo, el segundo, anden por ahí traducidos á sajona lengua, buscados y comentados en las bibliotecas de Allende el Bravo.

Esta tendencia nuestra, este defecto inherente á nuestro medio, á nuestra raza, debe ser combatido en cualquier forma. Por eso aplaudimos de todas veras el presente librito, que, á nuestro juicio, será un libro de lectura más útil que muchos que se imprimen sin gusto y sin criterio. No teniendo como no tiene pretensiones de forma, lleva una doctrina sencilla y sana, la más sana, la que hace que el hombre ame al suelo que lo vió en la cuna y que admire las proezas de los campeones que le dieron honra legítima.

Así no olvidará á sus lares y como los rapsodas homéricos, irá cantando las hazañas grandiosas, para ejemplo propio y admiración de extraños.

Adalberto Carriedo.

DOS PALABRAS.

Pocos, sin duda, serán los mexicanos que al recorrer los anales de la guerra de la Intervención y el segundo Imperio, no se sientan conmovidos hondamente y hasta orgullosos por la suerte de haber nacido en esta porción hermosa del Continente Americano. Y con razón, los episodios en que abunda la gran contienda son tan patrióticamente bellos y de tan vital interés, que sería necesario estar desprovisto de todo buen sentimiento, para no experimentar con su lectura cierto regocijo mezclado de asombro.

Los egregios campeones que defendieron el valioso legado de la independencia, que batieron sin tregua á las huestes del codicioso Napoleón III y consolidaron nuestras libérrimas instituciones con el ruidoso triunfo de Querétaro, merecen no un bronce ni un simple aplauso, sino un monumento de gratitud levantado con los corazones de todos los buenos ciudadanos.

Luchar por la patria con buenos elementos, ejércitos disciplinados y tesoro bonancible, ó

cuando menos con suficiente crédito en los Bancos extranjeros, será todo lo que se quiera de meritorio — porque toda acción patriótica es honrosa y plausible — pero luchar sin tales elementos, improvisando soldados que eran abatidos por el hambre y estaban exhaustos por la vida trashumante, teniendo que resistir siempre á un enemigo poderoso, superior en muchos respectos, es no sólo bello y noble, sino sublime en el más alto significado de la palabra.

El Coronel Félix Díaz, en un excelente discurso pronunciado ante la "Asociación del Colegio Militar," al referirse á nuestros esclarecidos patriotas de ayer, que todo lo sacrificaron heroicamente por la patria y nuestro bien, dice con sobrada razón: "somos al lado de ellos unos pobres soñadores, pues mientras ahora contamos con hombres, pertrechos, cuarteles de instrucción, gracias á nuestra bonancible situación financiera, ellos, nuestros gloriosos generales, supieron sacar hombres hasta de los niños, se pertrecharon con los arreos del vencido, ó los improvisaron con lo que pudieron; tuvieron por lecho, las fragosidades de la sierra ó los pantanos de los valles; por techumbre, las inclemencias del cielo; por instrucción, las penalidades de toda especie; por libros y enseñanzas, el enemigo al frente, la bala en el pecho y un barranco para sepul-

tura, abrigando la inquebrantable fe en que su pelea sin tregua y sin descanso, con hambre, sed, calor ó frío, nos serviría á nosotros, sus hijos, para que viniésemos al mundo al amparo de la libertad, creciéramos con la independencia y muriéramos con la paz de que ellos no disfrutaron."

Y es verdad; apenas comenzamos á valorizar la trascendencia de la gran epopeya nacional y todavía no hemos hecho plena justicia á los que se sacrificaron valientemente por nuestro bienestar actual.

Este pequeño volumen de *Episodios Históricos* tiene tres objetos: poner un ramillete más en el altar de la patria, como tributo de amor; glorificar á los héroes, algunos muy poco conocidos; y hacer más popular el conocimiento de ciertos hechos de nuestra guerra de cinco años, casi ignorados por la generalidad.

Algunos episodios están referidos en los tratados de historia en dos ó tres renglones, otros no tienen el colorido que merecen y otros más han sido olvidados casi.

No por esto se crea que pretendamos ofrecer una novedad, histórica ó literaria; pero nos hemos esforzado en reconstruir algunas escenas, teniendo á la vista algunos periódicos de la época á que nos referimos y ciertos testimonios que bondadosamente nos han facilitado algunos testigos presenciales.

El lector podrá ver por sí mismo, si está al corriente de nuestra historia patria, que no pocos sucesos son anecdóticos, otros, por la carencia absoluta de noticias, han sido reconstruidos con ayuda de la imaginación; pero aun en este caso, las cifras y pormenores esenciales son rigurosamente exactos.

Este pequeño libro sale á probar fortuna, contando de antemano con las simpatías de los buenos liberales, en particular, y la benévola acogida de los amantes de nuestras glorias nacionales, en general. Si el favor del público lector corresponde á nuestras esperanzas, no será remoto que emprendamos la elaboración de otro volumen de episodios, cuyos datos buscaremos en las mejores fuentes con diligencia y actividad.

En esta empresa, con que modestamente deseamos secundar la patriótica y meritisima labor de los Salado Alvarez, Iglesias Calderón, Frias, Polas, González Obregón, etc., tenemos un solo lema: *Todo por la patria.*

V. D. B.



La Catástrofe de Chalchicomula.

(6 de Marzo de 1862.)

TIO Pascual trabajaba empeñosamente en su destartalado taller de remendón. Ponía suelas nuevas á un par de zapatos viejos que le había llevado el tendero de la esquina. Pocos artesanos, de la estofa del buen tío, permanecen más horas clavados al banco del obrero manejando el martillo, la chaveta, la lezna y la cabuya; era de verse su incomparable tenacidad, para convencerse uno de los prodigios que hace la lucha por la vida.

Es el tío un pobre viejo, veterano de la guerra de la Intervención Francesa, que ostenta como gloriosas preseas de guerra una pierna de palo y una tremenda cicatriz en el carrillo derecho; mantiene con los exiguos rendimientos de su oficio á su mujer y dos hijas, una de éstas corcovada y la otra enclenque y pálida como un difunto.